

nas nuevas de lejanas tierras.» «Cual ave que se va de su nido, tal es el hombre que se va de su lugar.» «El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta de ellos, alcanzará misericordia.» «El que da al pobre, no tendrá pobreza.» «Dos cosas te he pedido, no me las niegues antes que muera: aparta de mí la vanidad y la mentira. No me des pobreza ni riquezas; manténme del pan que he menester: no sea que me harte y te diga: ¿quién es Jehova? O no sea que siendo pobre, hurte, y blasfeme de mi Dios.»

Los Proverbios de Salomon han sido incorporados en la Biblia hebrea porque llevan el nombre de Salomon y porque fueron hallados dignos de este nombre. No tuvo el mismo éxito el libro de proverbios de Jesus ben Sirac, por cierto tan sustancioso como el otro, solo porque fué publicado como obra de un particular y porque no ocultaba la circunstancia de ser obra entonces moderna. Es muy posible, por lo demás, que este Jesus ben Sirac fuera en su tiempo persona mucho mas conocida y apreciada que el autor de los Proverbios de Salomon, por cuyo motivo no necesitaria atribuir su libro á un varon famoso de la antigüedad; pero esto fué funesto para su obra, porque no fué admitida en la coleccion de las Escrituras Sagradas. Por eso se perdió el original hebreo menos algunos cortos fragmentos citados por autores posteriores; y si la obra se ha conservado, fué por la traduccion griega que hizo el nieto del autor.

Esta obra concuerda bajo muchos conceptos con la de los Proverbios de Salomon. Como en ésta, evita el autor insistir en lo que es esencialmente judío (como el sábado, la pureza y el servicio de los sacrificios). En ambas obras domina la relacion de Dios con el individuo; pero Jesus ben Sirac insiste mucho en el privilegio especial de Israel de haber recibido la revelacion de Dios. Tambien ensalza el gran tiempo pasado de Israel y la belleza de su servicio divino; pero en cambio no se encuentra en ningun pasaje una cita precisa de la ley, lo cual es muy importante porque indica que este autor sabia muy bien que era escriba; y así dice de él su traductor: «Mi abuelo Jesus, que cada día se habia dedicado mas á la lectura de la ley, de los Profetas y de los demás libros de nuestros mayores, y que en ellos habia adquirido no poca práctica, se vió impulsado á escribir tambien algo relacionado con la instruccion y la ciencia, á fin de que los ávidos de aprender pudiesen tomar su obra por guia para progresar en la observancia de la ley.» No puede hablarse mas claramente; Jesus ben Sirac habia estudiado las Sagradas Escrituras de los judíos; queria hacer propaganda á favor de la vida ajustada á la ley, y trató de alcanzar su objeto, no como los escribas posteriores por medio de una interpretacion muy exacta y nimia, sino hablando á sus contemporáneos como autor y conocedor de la literatura existente. Ya hemos citado sus propias palabras respecto de aquellos que quieren ser escribas, porque estas palabras caracterizan, no solamente el libro de Sirac, sino tambien el de los Proverbios de Salomon, y aquí es el lugar de hablar de su coleccion de proverbios, donde dice: «Acercaos, ignorantes, y permaneced en la casa de la instruccion, pues teneis necesidad de ella y de ella están vuestras almas sedientas. Yo abro mi boca y hablo, adquiridla, pues, de balde.» Aquí resaltan dos cosas que continuaron siendo costumbre todavia despues entre los escribas; primera que la casa del escriba era un establecimiento de instruccion además de la sinagoga que era pública, y segunda que los escribas daban su instruccion gratis. Habiendo sido Jesus ben Sirac escriba, se comprende que como el autor de los Proverbios de Salomon diese gran importancia á la enseñanza é instruccion de la juventud, y así es que dice: «Hijo mio, desde tu juventud anda en pos de la

enseñanza y hasta que tengas canas procura adquirir sabiduría. — Este trabajo será penoso corto tiempo, pero pronto nos dará sus frutos.—Arrima tu hombro y carga con ella y que su yugo no te entristezca. — Escudriña y busca y la conocerás, y cuando la tengas no la sueltes, pues al fin hallarás su paz, y ella será tu alegría; sus cadenas te serán una proteccion fuerte y su argolla se hará tu traje de gala.» Véase cómo describe el camino por donde se aprende la sabiduría: «Colócate entre la multitud de los ancianos y adhiérete al que sea sabio. Escucha con afan toda relacion de lo divino y no dejes escapar máximas de prudencia. Si ves á un inteligente, síguele afanoso y que tus piés desgasten el umbral de su puerta. Medita los mandamientos del Señor y ten sus órdenes siempre presentes.» Como en esta última expresion, se presenta en general en el libro de Sirac la idea de la ley de Dios con mas precision que en los Proverbios de Salomon, pero siempre en el sentido de cumplir los preceptos, sin interpretar el sentido de ningun precepto de una manera especial; y en esto Jesus ben Sirac demuestra cabalmente un gran vigor en sus ideas religiosas queriendo que se cumplan los preceptos materiales, no por conveniencia práctica alguna, sino como dice expresamente por amor de Dios; así dice: «El que cumple la ley presenta muchas ofensas; el que observa los mandamientos ofrece un sacrificio de gracias. Del agrado del Señor es la abstencion de la maldad y la conciliacion, y la abstencion de la injusticia. No te presentes delante del Señor con las manos vacías, porque debe hacerse todo lo que está mandado. Con ojos amables mira al Señor y no mermes las primicias de tus manos; á cada ofrenda sea expansiva tu faz y ofrece el diezmo con alegría.» Pero á renglon seguido añade el mismo autor una idea que tambien expresa con frecuencia: «No trates de engañar al Señor con ofrendas, porque no las acepta, ni te apoyes en sacrificios injustos; porque el Señor es juez y no mira á la persona.» En otro pasaje dice: «Aquel que ofrece en sacrificio la propiedad del pobre, degüella á su hijo delante de su padre.» Muy claramente se ve el punto de transicion que forma la obra de Jesus ben Sirac entre los Proverbios de Salomon y la ciencia posterior de los escribas. Aquella obra es la personificacion de la Sabiduría pero designando expresamente la ley judía como revelacion de la sabiduría á los hombres; así es que hace hablar á la Sabiduría en estos términos: «Salí de la boca del Altísimo y cubria la tierra como niebla; vivia en las alturas y mi órbita era la bóveda celeste.—Obré en las olas del mar, en toda la tierra, en todos los pueblos y tribus, — cuando el creador de todas las cosas me ordenó y dijo: Habita en Jacob y toma posesion en Israel.—Todo esto se entiende del libro de la Alianza del Dios supremo, de la ley ordenada por Moisés como posesion de los pueblos de Jacob: Lleno está Israel como el Pison (1) de sabiduría y como el Tigris en el tiempo de la fruta nueva, mas ni el primero aprendió la ciencia por completo, ni el último la profundizó: pues mas lleno que el mar es su pensamiento y mas que las grandes aguas es su resolucion.» En vista de estas alabanzas debiera sorprendernos el hecho de que el autor en ninguna parte especifica toda esta plenitud de ideas de la ley que para él no tuvo mas efecto que moverle á escribir su libro; pero es evidente que de esta manera consiguió excitar á sus discípulos menos inteligentes á estudiar y penetrar por sí mismos la ley.

Aunque Jesus ben Sirac en sus proverbios presenta el ideal de la vida en casos particulares que varían hasta el infinito, todavia da á conocer sus bases principales particularmente en una de sus mayores meditaciones intercaladas en

(1) Un rio fabuloso.

su libro y que han hecho de él uno de los padres de la literatura edificante judía (*Haggada*) como fué uno de los fundadores por medio de sus sentencias del derecho consuetudinario judío (*Halaja*). En una de estas meditaciones religiosas trata del hombre como individuo de la creacion y empieza con la idea bíblica de que el hombre, hecho de tierra, debe volver á la tierra; que Dios le ha hecho á su imagen para que sea señor del mundo animal, y sigue diciendo: «Le dió reflexion, lengua, ojos, oídos y corazon para reflexionar; le dió conocimiento é inteligencia y le enseñó el bien y el mal. Puso su vista en su corazon para enseñarle la elevacion de sus obras. — Hizo poseedores á los hombres de la ley de la vida; hizo con ellos alianza eterna y les comunicó sus mandamientos.» Despues de esto pinta la omnisciencia de Dios tocante á la justicia y los pecados de los hombres; exhorta á apartarse del pecado que supone general, y en frente de este estado pecaminoso general de los hombres aparece mayor la santidad y magnificencia de Dios, y dice: «¿Qué es el hombre y cuál su valor? ¿Qué es su felicidad y su desgracia? El número de dias del hombre, que equivale á muchos años si estos llegan á ciento, es como la gota de agua del mar y como un granito de arena comparado con el día eterno. Por esto tiene el Señor longanimidad con los hombres y derrama sobre ellos su misericordia; vió y reconoció que su fin era malo, y por esto debía ser grande su reconciliacion. La misericordia del hombre se extiende á su prójimo, pero la misericordia del Señor se extiende á todos los hombres; él reprende y castiga, enseña y guia como un pastor su rebaño; y se apiada de los que aceptan su crianza y acuden á sus mandamientos.»

En esta exposicion tenemos un cuadro completo de las relaciones religiosas en la vida del hombre. El hombre es dueño de la tierra; puede conocer la magnitud de Dios; puede elegir el bien y el mal y Dios le ha revelado en la ley su voluntad; le recompensa en vida segun sus obras; pero el hombre es perecedero y por esto Dios se apiada de él, y tambien le reprende y enseña por medio de los dias de afliccion. Lo que aquí sorprende es la ausencia completa de la idea de que Israel esté particularmente protegido por la gracia de Dios. De la ley dice que Dios la ha dado al hombre; añade que Dios ha hecho alianza con los hombres, y afirma expresamente que Dios se apiada de todos, por razon de los defectos naturales del hombre. El autor al contrario de lo que expresa la relacion del Génesis, no considera la muerte como castigo del pecado, sino que, conforme á la creencia antigua hebrea, entiende que el hombre es perecedero y está creado para morir. A esto corresponde el concepto del duelo por los muertos en sentido de los antiguos hebreos, que hace decir á Sirac: «Hijo mio, sobre el muerto derrama lágrimas como uno que sufre mucho; empieza la cancion fúnebre; cuida como es debido de su cadáver y no descuides su entierro; lleva luto como corresponde al muerto, uno ó dos dias, por la calumnia; entonces consuélate por lo del duelo, porque del duelo viene la muerte y al muerto de nada servirás y tú te harás daño.»

Jesus ben Sirac se adapta á los proverbios de Salomon admitiendo la figura personificada de la Sabiduría; pero al parecer fué el primero que expresó en lengua hebrea otra idea filosófica, á saber: que no es Dios quien impulsa al hombre al pecado, sino que el hombre tiene la facultad de elegir entre el bien y el mal. El Deutero-Isaías todavia derivaba el mal expresamente de Jehova, pero Sirac dice: «No digas he faltado por impulso del Señor, pue lo que él aborrece no debes hacerlo tú; no digas El me ha seducido, porque El no necesita hombres pecadores. El Señor odia toda abominacion y no aman abominaciones los que le temen á El. Creó

desde un principio el hombre y le dejó su libre albedrío. El cumplir los mandamientos y ser fiel depende de tu voluntad: Dios ha puesto delante de tí el fuego y el agua y puedes alargar la mano al que tú quieras. La vida y la muerte y lo que te place está delante del hombre y le será dado lo que á él le gusta; á nadie ha ordenado Dios ser impío y á nadie ha permitido el pecado.» Semejantes principios no son los mas elevados bajo el concepto religioso, porque en ellos figura el pecado solo como acto individual y no como un poder superior al individuo y que le esclaviza; pero no se puede medirlo todo por su valor absoluto sin exponerse á no ver los progresos históricos y lentos. Lo que inspira á Jesus ben Sirac es la idea de la santidad indestructible de Dios, y esta idea debía dominar en su mente antes de considerar al individuo en su relacion con la potencia pecaminosa general. En el tiempo de Sirac era ante todo necesario hacer constar como incontrovertible la perfeccion moral de Dios, porque lo que antes habia comprendido todas las buenas cualidades de Dios era su relacion particular con Israel, y este concepto habia quedado arrinconado. Si todo esto se considera en su conjunto, se verá cuán cerca estaba ya el judaismo, por su propio desarrollo interior, de las ideas de los filósofos griegos. La última razon de este desarrollo del pueblo judío no se debió á ninguna influencia exterior, sino á la obligacion de cada individuo de cumplir la ley escrita, y desde entonces el individuo fiel á la ley fué objeto del amor de su Dios, y no como antes todo el pueblo de Israel.

Esta manera de juzgar el libre albedrío tal como lo presenta Jesus ben Sirac, debe aplicarse tambien á la manera que condena el trato con pecadores, manera poco conforme con el espíritu del cristianismo: «Cuando hagas algun bien, procura saber á quién lo haces y se agradecerán tus beneficios. Haz bien al piadoso y se te recompensará, si no por él, por el Altísimo. No se hace bien al que medita siempre mal ni al que practica el bien de mala voluntad. Da al piadoso y no ampares al pecador; haz bien al oprimido y no des al impío. Reténle el pan y no se lo des, á fin de que no llegue á adquirir poder sobre tí; porque cuanto mas bien le hagas, tanto mas mal experimentarás; porque tambien el Señor odia á los pecadores, y á los impíos paga con castigo. Da al bueno y no ampares al pecador.» Al juzgar esta moral hay que tener tambien presente la situacion histórica y el punto de desarrollo á que habia llegado el pueblo judío; porque el problema era crear una comunidad santa para el Dios santo. Movido Sirac por esta idea no podia tener motivo para compadecer al pecador, porque en su concepto del libre albedrío no entraba el poder del pecado, del cual el hombre por su sola fuerza no puede librarse. A otro mas grande que Sirac estaba reservado ver mas claro, si bien el mismo Sirac llega á traspasar el límite de sus ideas, cuando insta y exhorta á los hombres á que se perdonen mutuamente: «El que se venga, dice, experimentará la venganza del Señor, que no olvida los pecados del vengador. Perdona á tu prójimo el mal, y así cuando tú suplicarás te serán perdonados tus pecados. El hombre conserva su ira contra el hombre y pide perdon al Señor? — Acuérdate de los mandamientos y no tengas rencor al prójimo, ten presente la alianza con el Altísimo y no hagas caso de faltas.» Cuando se perdonan las faltas de los otros, estas faltas no destruyen la comunidad, la cual de consiguiente no se separa del pecador. Esto es lo que pide Sirac en la sentencia anterior; y no solamente resalta aquí el aprecio del amor al prójimo tan calurosamente como en los proverbios de Salomon, sino que nos descubre Sirac en una frase de dónde vino á sus contemporáneos el conocimiento del deber de amar á sus semejantes, pues dice: «Todo sér viviente ama á su igual y cada hombre debe amar á su prójimo.» En estas

pocas palabras está expresado el gran resultado de la mezcla de los pueblos en los reinos griegos. Aquí no hay distinción entre griegos y bárbaros, ni entre Israel y los paganos. Se ha enseñoreado del espíritu humano la idea de la humanidad que abraza no ya á muchos pueblos, sino á todos los pueblos. El triunfo de esta idea es tanto mas importante cuanto que constituye el terreno comun donde para paganos y judíos puede formarse una comunidad moral enteramente nueva. Esta misma idea expresa Sirac al tratar de la esclavitud: «No maltrates al esclavo que trabaja fielmente ni al jornalero que te se entrega; ama al esclavo sensato y no le niegues su liberación.» Con esto podemos dejar la obra de Sirac y solo nos resta decir que esta obra es sin duda ninguna el monumento mas importante del pueblo judío de Palestina en la época de que tratamos y como tal tiene para nosotros un valor todavía especial. En efecto, por ella vemos la acción perfectamente libre de los escribas de aquel tiempo, que no se hallan todavía encerrados dentro del círculo de hierro de la letra escrita; y ella nos manifiesta también la aproximación interior del pueblo judío de entonces al mundo de ideas del paganismo filosófico de aquel tiempo.

No es aquí el lugar conveniente para discutir una colección de sentencias escritas en lengua griega y en exámetros por un judío; colección cuyo tiempo de redacción no se puede fijar con exactitud, pero que muy bien podrá haber sido escrita ya durante el dominio de los Tolomeos: Queremos hablar de los llamados *Proverbios de Focílides*. Focílides de Mileto vivió en el siglo VI antes de nuestra era, y poseemos de sus escritos muchos fragmentos, según toda probabilidad auténticos. Además, se le atribuye un poema didáctico que tiene carácter completamente judío. Es verdad que figuran en él los Uránidas, pero es solo en el concepto in sustancial de entidades del universo. Véase el pasaje:

«No envidio á los enemigos su dicha, ni los vitupero por ella, porque tampoco los Uránidas se tienen envidia mutuamente; ni la luna envidia al sol por sus rayos mas fuertes, ni la tierra envidia al cielo su elevación, ni los rios envidian al mar; siempre viven en armonía; si los bienaventurados tuviesen contienda, no existiría ya la bóveda del cielo.»

Muchos indicios nos disuaden de cometer el error de considerar este poema como producto del paganismo. Primero, en la mayor parte de los casos no habla de dioses, sino de Dios, y el precepto de colocar en Dios toda la confianza del corazón, precepto del Antiguo Testamento, se expresa en el poema en esta forma:

«No te jactes del saber, ni de la fuerza, ni de la riqueza: solo el Dios único es sabio, poderoso y bienaventurado.»

Este verso proclama claramente el monoteísmo del autor. Por otra parte son frases enteramente judías las siguientes: «No mires á la persona,» «evita los falsos testimonios.» Además acaba con toda duda la traducción casi literal de un precepto de la ley muy accesorio que dice en el original bíblico: «Si encuentras en tu camino un nido de pájaros en un árbol ó en tierra con pajarillos ó con huevos con la madre sobre ellos, no tomarás la madre y los pequeños, sino que tomarás los pequeños y dejarás volar la madre, á fin de que prosperes y vivas muchos años.» Pues bien, Focílides expresa este pasaje en estos términos: «No debes tomar todos los pajarillos del nido á la vez; deja volar á la madre; de ella obtendrás despues otros polluelos.» La única diferencia entre los dos pasajes se refiere á la intención; el de Focílides piensa mas en la utilidad del momento que en la acción agradable á Dios con la bendición de Dios por recompensa.

También repite el citado autor la prohibición mosaica de no comer carne de animales destrozados por otros animales, y las ideas judías acerca del matrimonio. Esto hace de todo

punto imposible que el poema tenga por autor á un pagano; y no pudiéndola atribuir á un pagano, se ha querido suponer en nuestro tiempo que el autor ha sido un cristiano. Esta opinión se funda en el siguiente trozo, que es el que pudiera apoyarla mas:

«Debe darse sepultura al muerto que no la tiene. No vomites sobre la tumba de difuntos, ni descubras al sol lo que está prohibido mirar; pues si lo hicieras, despertarás la venganza divina. Es feo deshacer la construcción de los miembros humanos. Nosotros esperamos que pronto resuciten de la tierra á la luz los restos de los difuntos; despues llegarán á ser dioses, pues las almas permanecen intactas en los muertos; don é imagen de Dios es el espíritu en el hombre mortal. Corporalmente venimos de la tierra, y á la tierra volvemos disolviéndonos en polvo; pero el espíritu es recibido en el espacio del aire.» Se ha creído que esta apoteosis de los muertos era tan contraria á la conciencia judía como á la pagana, y en cambio se encuentra ya en el segundo siglo de nuestra era en terreno cristiano; pero es el caso que el poema de que se trata no admite la idea cristiana de una resurrección de la carne, ni hay en él la menor sombra de alusión á la redención ni á palabras de Jesucristo; ni es razon citar en apoyo de la opinión que atribuye el poema á un cristiano que falte en él todo lo que puede parecer especialmente judío; porque lo mismo podia decirse de los Proverbios de Salomon y con poca variación también del libro de Sirac. En cambio no se conoce ningun período en el principio del cristianismo en el cual los cristianos se hayan contentado con predicar bajo el disfraz pagano su fe, ni mucho menos simplemente algunas reglas de vida; y en el curso de nuestra historia hemos visto que los judíos hicieron semejantes tentativas extrañas. Viendo desde el año 444 cada vez mas al individuo relacionado directamente con Dios, habia desaparecido una idea fundamental de la religión hebrea antigua. Cifrándose todo en la observancia de la ley y de sus mandamientos para estar en gracia de Dios, no existía ya una separación inevitable entre judíos y paganos y únicamente lo que faltaba que hacer para su unión era inducir á los paganos á admitir la ley judía. Para esto no habia mejor medio que predicar á los paganos en su propia lengua por medio de hombres de su raza y que gozasen bastante autoridad y respeto entre los suyos. Este medio habia empleado ya el Seudo-Hecateo en su obra histórica y no otra cosa hizo en su poema didáctico nuestro Seudo-Focílides. Ninguno de los dos tenia escrúpulo en atribuir sus obras á otro varon mas acreditado que ellos, como tampoco sintió escrúpulos aquel autor que publicó sus proverbios bajo el nombre del rey Salomon. El principio general de los historiadores de la antigüedad, de que no solamente era permitido, sino obligatorio para un autor, amplificar las tradiciones incompletas, habia sido extendido en el campo literario judío á las cosas mas edificantes en cada época, que podian ofrecerse al público como historia. Así es que poseemos descripciones históricas completamente diferentes de los tiempos de Samuel, Saul, David y Salomon, y toda la historia de los Reyes ha llegado á nosotros cuando menos en forma doble con diferencias características muy esenciales; y si en la literatura histórica el autor hacia hablar y obrar á sus personajes según á él le parecia, habria sido una escrupulosidad increíble no atribuir á otra persona un libro realmente bueno.

El poema del Seudo-Focílides es una prueba de la influencia benéfica que el judaísmo ejercía sobre la sociedad griega corrompida. Grandísima falta hacían á la ilustración griega las amonestaciones á la veracidad, al amor y á la pureza en las relaciones entre los dos sexos, aunque á la verdad los griegos poca ocasión tuvieron de oír semejantes amonesta-

ciones. Así el poema de que tratamos dice tocante al amor del prójimo: «Da al pobre en seguida y no le hagas volver mañana; al necesitado alarga las manos llenas; abre tu casa al que no tiene hogar y sirve de guía al ciego.» Por otra parte recuerda las palabras de Sirac previniendo que no se oculte al delincuente, no convicto todavía, diciendo: «Porque frecuentemente pagan con la vida los malos y sus compañeros.» También recuerda á Sirac en la exhortación relativa á los esclavos; solo que el poema de Focílides se extiende mas: «Da á tu sirviente el alimento que necesita su cuerpo; da al esclavo lo debido, así te servirá de buena gana; no hagas ninguna señal en el cuerpo al sirviente para no cubrirle de ignominia; no hables mal del esclavo á su amo, y escucha también el consejo de un servidor inteligente.»

Respecto de las ideas de la vida despues de la muerte, el Seudo-Focílides es discípulo de los griegos. Su concepto no es el de la resurrección de los muertos, que despues fué tan corriente entre los judíos, sino la idea platónica de la inmortalidad del alma, y así lo manifiesta en varios pasajes. No es idea israelita genuina que el alma jamás envejece, que es inmortal y vive siempre; si bien al hablar de los Proverbios de Salomon hemos indicado ya la necesidad interior del judaísmo de transformar su concepto sobre la vida despues de la muerte; pues desde el momento en que Dios estaba en relación directa con el individuo, era contrario á la creencia y al principio de la fidelidad de Dios que el hombre al morir quedase reducido á una mera sombra; y era muy natural que entonces la doctrina de Platon de la inmortalidad del alma encontrara en los corazones judíos un terreno bien preparado. Fuera de esto, Focílides copia otras ideas griegas, por ejemplo: «Lo mejor de todo es guardar la medida; el exceso es malo.» Esta idea se repite en la filosofía griega continuamente, mientras que en el pueblo judío no se habia oído jamás. Por otro lado, el poema de Focílides da muestra de la moralidad judía en toda su grandeza al hacer al final una exhortación extensa al trabajo presentando el ejemplo de la hormiga y de la abeja como imagen de la laboriosidad. Es sobre todo notable la figura de la hormiga, que ya hemos encontrado en los Proverbios de Salomon y que mas adelante vemos usada por Horacio, lo cual es un ejemplo de cómo por la literatura de proverbios y sentencias de los judíos penetraron ideas judías hasta en los genios decididamente hostiles á los judíos, pues Horacio fué enemigo declarado de ellos.

Antes de concluir debemos manifestar también que el Seudo-Focílides comprendió perfectamente el gran peligro á que se exponían los judíos habituándose al comercio en general y en particular al del dinero. Respecto de esto es muy instructivo el trozo siguiente:

«La afición al dinero es madre de toda perversidad; riquezas engañosas son para el hombre la posesión de oro y plata. Oro, tú que conduces á la maldad, tú que eres opresor del mundo y asesino, ¡ojalá que jamás hubieses llegado á ser para los mortales un mal deseado! Por tu causa se levantan contiendas, ocurren asesinatos y batallas sangrientas y se odian hijos y padres, hermanos y parientes.»

El comentario mejor de estos versos se encuentra en las contiendas entre la familia de aquel José, arrendatario general de contribuciones.

8. Muerte de Antioco III. Seleuco IV.

La guerra de Antioco el Grande contra los romanos resultó para él desgraciadísima, porque en la paz del año 189 antes de J. C. tuvo que obligarse á ceder á Roma todos sus territorios del Asia Menor, hasta el monte Tauro; á pagar 15,000 talentos de Eubea, que vienen á ser 120 millones de

pesetas, en determinados plazos anuales; á entregar todos los elefantes y buques de guerra menos diez, á no emprender ninguna guerra del lado del Oeste ni hacer navegar sus buques por las costas occidentales, y finalmente, á entregar en calidad de rehenes veinte jóvenes de las familias mas nobles, entre ellos á su propio hijo Antíoco. Con esto quedó el poder sirio quebrantado para siempre. Cuando Antíoco, á su muerte, ocurrida en el año 187, dejó su imperio á su hijo Seleuco Filopator, no tuvo éste tiempo mas que para buscar recursos á fin de satisfacer los plazos anuales que habia que pagar á Roma. Poquísima cosa es lo que se sabe de la situación de Palestina durante su reinado. Se dice que envió el *apremiador* á lo mas florido de su imperio (1). Seleuco reinó sin hacer cosa notable por falta de fuerzas á causa de la derrota de su padre.

Habia muerto entonces en Jerusalem José, el arrendatario general de contribuciones. Durante su vida sus hijos mayores habian hecho ya la guerra á su hermanastro Hircano, en cuyas contiendas habian muerto dos de los primeros. A la muerte del padre estalló de nuevo la lucha: Hircano no se vió con fuerzas para hacer la guerra á sus hermanos, sobre todo cuando vió que el sumo sacerdote se inclinaba á favor de ellos, y entonces se quedó en su castillo al otro lado del Jordan, desde donde hizo excursiones de saqueo contra los árabes, y continuó esta vida durante los siete últimos años del reinado de Seleuco Filopator. El sumo sacerdote era entonces, según dice la relación de estos sucesos, Simon, lo que es otra prueba del largo gobierno de este dignatario. Cuando en el año 176 el hermano de Seleuco, Antíoco IV Epífanes, subió al trono de Siria, llamó á cuentas á Hircano, y éste, creyéndose perdido, porque el nuevo rey de Siria estaba decidido á restablecer el orden en su imperio y al mismo tiempo deseaba apoderarse de las riquezas de Hircano, prefirió darse la muerte por su propia mano y Antíoco IV confiscó sus bienes.

CAPITULO II

LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE LOS MACABEOS, HASTA LA MUERTE DE JUDAS

1. Antioco IV y el sumo sacerdote Jason.

Antíoco IV de Siria, con el sobrenombre de Epífanes (el Noble), era hijo de Antíoco III el Grande y habia sido enviado en rehenes á Roma con otros diez y nueve jóvenes nobles greco-sirios, á consecuencia de la desgraciada paz del año 189. En Roma fué educado como correspondía á su ilustre cuna y trabó muchas amistades con los jóvenes de la capital del mundo, entonces ya poderosísima; pero en el año 176 fué llamado á Siria por su hermano mayor Seleuco IV Filopator (rey de Siria desde la muerte de Antíoco III en 187 antes de J. C.), el cual en sustitución de este hermano suyo envió á Roma á su propio hijo Demetrio, de edad de 11 años. Hallándose todavía en camino Antíoco Epífanes, recibió la noticia de la muerte del rey su hermano, asesinado en la Antioquía siria por un cortesano llamado Heliodoro, quizás el mismo que habia sido enviado por el difunto á Jerusalem para llevarse el tesoro del templo. Este Heliodoro proclamóse rey en lugar de Seleuco IV, pero fué destronado por Eumenes, rey de Pérgamo, y Atalo su hermano, los cuales pusieron en el trono al joven Antíoco, tan luego como

(1) Este *apremiador* llegó naturalmente también á Jerusalem en la persona de un tal Heliodoro con el cargo de llevarse el tesoro del templo, pero tan maltrahado regresó á la presencia de su amo que le aconsejó enviar con semejante encargo á su enemigo mortal á Jerusalem. Por lo demás, Seleuco Filopator, lo mismo que su padre, sufragó de su tesoro los gastos del servicio del templo de Jerusalem.